

entre los obispos de Riga y de Dorpat y la orden. Empezó luego un segundo viaje por el territorio del Duna hasta Kokenhusen y a su regreso aseguró a los ciudadanos de Riga la facultad de usar el derecho gótico y puso fin a la contienda que había surgido entre la ciudad de Riga y el obispo Lambert, sucesor de Bernardo del Lippe, por la posesión de un territorio que se extendía entre el Duna y el Aa semigalo. Hecho esto, se consagró a la parte más difícil de su misión, es decir, a arreglar los asuntos de Estonia, habiéndose apropiado para cederlo al Papa el territorio del Wiek, que se disputaban el obispo livonio y los daneses. Poco después y durante la permanencia del legado en Riga, los vasallos del obispo Hermann, Engelberto de Tiesenhausen, Teodorico de Appeldern, Helmond de Luneburgo y Juan de Dolen, arrojaron a los daneses de Wirlandia por medio de una rápida sorpresa; Guillermo hizo comparecer ante su presencia a los perturbadores del orden y exigió de ellos, bajo pena de excomunion, la cesión del territorio ocupado. Después envió emisarios a Reval y apelando a los mismos medios obligó a los daneses a que renunciaran a Wirlandia, Jerwen, Wiek y Harrien, dejándoles únicamente la posesión del fuerte y de la comarca de Reval. Ayudado por sus soldados, peregrinos y sacerdotes, arrojó de aquellos territorios a los livonios y a los daneses y en enero de 1226 hizo una visita de inspección a estas nuevas conquistas pontificias, dirigiéndose primeramente a Fellin, donde se detuvo dos días. Encaminóse luego a Karethén (Jerwen), atravesó la Wirlandia y llegando finalmente a Reval, obligó a los daneses a poner en libertad a los rehenes estonios que todavía conservaban en su poder, predicó a los indígenas y a los daneses, organizó la administración de las distintas provincias estonias, envió sacerdotes alemanes al país de Wiek, que no estaba todavía completamente cristianizado, y en febrero de 1226 regresó a Riga. Allí reunió, durante la cuaresma, un sínodo en el templo de Santa María, cuyo objeto fué, además de asegurar el orden material de aquellos países, curar sus enfermedades morales. La exasperación de tantos años de guerra había embrutecido a los hermanos de la orden y originado multitud de abusos en la manera de tratar a los indígenas. Los caballeros habían tratado de esclavizar a éstos; la administración de las escuelas y de las parroquias era sumamente viciosa, y los tribunales ordinarios habían sido sustituidos por el duro procedimiento del derecho de guerra. El legado Guillermo por medio del sínodo aseguró vigorosamente la libertad personal de los indígenas, aun la de aquellas tribus estonias que hasta el último momento se habían mostrado rebeldes. Por esta misma razón Guillermo puso estos territorios bajo el patronato directo del Papa. No entraba en sus planes, que nosotros sepamos, fundar una institución permanente en este sentido, sino que quería crear un estado de transición para que los futuros señores del país se encontraran con una situación perfectamente organizada. Guillermo, que se aprestaba a partir para Italia, nombró a su capellán Juan representante del Papa en estos territorios, que abarcaban el Nordeste de Estonia. Pronto se vió, sin embargo, que este capellán no poseía la autoridad que su situación exigía; así es que aun antes de que el legado abandonara el suelo livonio, Juan de Dolen se estableció por segunda vez en Wirlandia. La excomunion que contra él lanzó Guillermo no produjo gran efecto, porque el legado no podía aplazar por más tiempo su partida, y si bien envió al capellán desde Gotia un ejército cruzado, este no sirvió para el objeto a que se le destinaba, pues el obispo Alberto y la ciudad de Riga negociaron, ignoramos con qué condiciones, un tratado en el Norte y todo el ejército de Livonia se dirigió en enero de 1227 contra Oesel. El anciano obispo Alberto formó también parte de la expedición.

Veinte mil hombres atravesaron la superficie helada del estrecho, apoyados esta vez no solo por los livonios y letones sino también por los contingentes estonios, y en una corta campaña consiguieron destruir todas las fortalezas de los oeseles é imponer el cristianismo a todo el país. El vice-legado maese Juan y Gandulfo, servidor del obispo de Módena, que iban delante del ejército llevando el estandarte de la Iglesia, dieron a la expedición la consagración religiosa, hecho que luego sirvió a la curia para formular exigencias materiales sumamente exageradas.

La conquista de Oesel fué un suceso de gran trascendencia: con ella quedaban la Livonia asegurada, expedito el comercio del Báltico, y las costas de Suecia y de Dinamarca libres del azote terrible que había sido siempre para ellas y para los suyos aquella guarida de bandoleros. Guillermo de Módena, a su regreso, se encontró todavía con una de aquellas escuadras de piratas, habiendo llegado hasta sus oídos los lamentos de las mujeres y de las vírgenes suecas por ellos robadas. La sujeción de este Estado pirata fué el complemento político de la fundación de la Livonia alemana, cuyos rasgos fundamentales aparecían ya perfectamente marcados. Aun cuando en lo sucesivo se consiguieron mayores ventajas y aunque principalmente los territorios del Sur tuvieron que esperar todavía algún tiempo la sumisión, las cosas continuaron en el fondo tales como se habían presentado en tiempo del obispo Alberto.

La soberanía danesa en el Norte y aquel notable Estado pontificio que se extendía entre el territorio alemán y el danés, sucumbieron viviendo Alberto todavía. Juan reconoció que no podía sostenerse contra la enemistad de los vasallos episcopales y de los daneses y en 1227 traspasó a la comunidad alemana su administración, dejando a salvo los derechos de soberanía del Papa, probablemente por indicación del legado. Harrien había tocado nuevamente a los daneses; en cambio los alemanes recibieron a Wirlandia, Jerwen y la Wiek: la mayor parte del territorio cedido correspondió a la orden. Alberto solo formuló pretensiones sobre Wiek para crear allí y en la isla de Oesel un nuevo obispado. La ciudad de Riga renunció a toda posesión en tan apartados territorios. En aquel mismo año estalló una lucha entre los daneses y la orden, la cual los derrotó delante de los muros de Reval obligándoles a cederle esta plaza y todo cuanto poseían en Estonia: los vencidos fueron enviados a su patria con sus obispos Wescelin y Ostrad, y llegaron a ella en el momento preciso en que la batalla de Bornhoved destruía definitivamente el gran poderío de Dinamarca. Los asuntos de Livonia estaban en este punto íntimamente enlazados con los de Alemania, y Livonia figuraba probablemente en la confederación que venció a Waldemaro; de suerte que la toma de Reval pudo muy bien entrar en la combinación guerrera que constituía el plan de los aliados. Todavía se conserva la carta que antes de la acción decisiva escribieron a los honrados ciudadanos de Lubek el obispo Alberto, el maestre Volquin, los ciudadanos de Riga y los demás alemanes de Livonia: «Conociendo como conocemos la opresión de que sois víctimas, no queremos hacer las paces con el rey de Dinamarca y con su pueblo sin que vosotros entreis en ellas; pero a nuestra vez os suplicamos que obreis de igual manera. Sabed que los oeseles han recibido con satisfacción vuestra carta, han prometido prestaros auxilio y someterse a nosotros en todos los asuntos y están resueltos a compartir con nosotros la paz y la guerra.»

Un año después, el rey Enrique VII de Alemania, «por su real gracia y usando de sus plenos poderes, y por su salvación y la de sus antepasados,» entregó a título de posesión perpétua al maestre Volquin y a sus hermanos la provincia de Reval, sin excluir el fuerte, y además Jerwen, Harrien y

Wirlandia. Con esto se dió un título de derecho a las nuevas adquisiciones de la orden: en 1.º de diciembre de 1224 el obispo Alberto había solicitado y conseguido que Letonia, Leal y Wiek constituyesen un marquesado del imperio. Alberto fué nombrado príncipe del imperio, con atribuciones para acuñar moneda y conceder derechos municipales. De esta suerte quedó nuevamente confirmada del modo más solemne la unión de Livonia con Alemania.

Alberto podía estar satisfecho al contemplar su obra, pues si no todo, había conseguido mucho. Cierto que no pudo realizar su plan de hacer de Riga un arzobispado, pero tampoco Bremen había podido hacer triunfar sus pretensiones de soberanía. La orden no le estaba sometida, como él había deseado: Alberto no había podido dominar al tenaz y discolo Volquin y veía con dolor que los territorios arrebatados a los daneses por la orden estaban bajo la jurisdicción de los caballeros aun en los asuntos espirituales. Era indudable que existía el germen de futuras contiendas entre la orden y el obispo de Riga; pero Alberto no quería mostrarse agresivo y comenzar una lucha cuyo término probablemente no había de ver. La expedición contra Oesel fué su última empresa guerrera, y una vez terminada, permaneció tranquilamente en Riga dedicado exclusivamente a la cura de almas y a poner en orden los asuntos de su extensa diócesis. Ocupado en esto sorprendióle la muerte, en 17 de enero de 1229. El cuerpo de este gran obispo, a quien con razón puede llamarse el patriarca de Livonia, fué enterrado en la catedral de Riga.

El período del gobierno de Alberto puede propiamente ser calificado de período heroico de la historia de Livonia. Lo que allí sucedió en el espacio de una generación no se repitió más: el valor, la fuerza creadora y el impulso religioso de la época contribuyeron a dar a aquella empresa la consagración, sin la cual hubiera revestido los caracteres de un crimen. El que quiera penetrarse bien de este espíritu, no tiene más que leer la crónica de Enrique de Letonia, que presenció los milagros de aquellas jornadas y los describió con imparcial veracidad. Un estudio detenido de su libro es el mejor elemento para conocer la historia de Livonia, país que hasta en sus últimos tiempos ha conservado un soplo del espíritu de que él y sus contemporáneos estaban animados.

CAPÍTULO III

DECADENCIA DE LOS HERMANOS DE LA ESPADA

La muerte de Alberto fué una desgracia para todo el país, especialmente porque una elección de obispo disputada era fuente de descontento y de intranquilidad. El arzobispo de Bremen creyó la ocasión favorable para renovar sus antiguas exigencias, y al tener noticia del fallecimiento de Alberto nombró obispo de Livonia al canónigo Alberto Suerbeer, mientras que el cabildo de Riga elegía por sucesor del difunto a Nicolás, canónigo de Santa María de Magdeburgo que pertenecía a la orden de los premonstratenses. El papa Gregorio IX dió a su legado, el cardenal-diácono Oton, el encargo de arreglar este conflicto, y el cardenal comenzó por suspender a ambos obispos y por confiar la administración de Livonia a su confesor, el monje Balduino de Alna, designación poco afortunada, pues el país no esperaba nada bueno del favorecido.

Antes de que Balduino entrara en Riga, en 1230, los livonios le hicieron prometer en Gotia bajo juramento que no atentaría a ninguno de sus derechos; mas a pesar de esta promesa comenzó su misión con una serie de violencias que indignaron muy pronto a todo el país. Los materiales de que

disponemos son harto insuficientes para que podamos formar juicio del plan en que se inspiraba su conducta. A los de Riga les arrebató la vasta extensión de territorio que poseían en Curlandia, y cuando le recordaron su promesa, retiróse al convento fortificado de Dunamunde. Desde allí envió al Papa amargas quejas contra los ciudadanos diciendo que habían atentado contra su vida, y se ingenió de tal manera por medio de una serie de hábiles negociaciones, que los mismos curios se sometieron personalmente a él ó, por mejor decir, directamente al Papa, con lo cual se emanciparon de toda influencia de los livonios alemanes. De la protesta que éstos formularon no hizo caso alguno, antes bien arrebató la Curlandia oriental a la ciudad de Riga y a la Iglesia, que eran sus dueños desde los tiempos de Alberto, para lo cual llevó a Dunamunde, donde imperaba en absoluto, los rehenes de los curios. Así continuó la lucha hasta que la solución definitiva dada a la cuestión de la elección del obispo vino a terminarla temporalmente. Nicolás, que en un principio parecía inclinado a retirarse, retiró la promesa que había hecho a su vice-legado Balduino porque presintió que iba a ocurrir un cambio favorable para él. No se equivocó: el cardenal Oton anuló la elección de Suerbeer y confirmó a Nicolás, que había sido elegido por el cabildo de Riga, y el papa Gregorio IX impuso al arzobispado de Bremen silencio perpétuo.

Nicolás, en interés de los mismos livonios, se dirigió contra Balduino, pero cometió la imprudencia de extralimitarse en sus atribuciones. En efecto, en un documento de 9 de agosto de 1231 cedió a los ciudadanos de Riga no solo una tercera parte de la Semigalia y de Oesel, sino además una sexta parte de la Curlandia. Los doce consejeros de la ciudad no vacilaron en aceptar de él en feudo estos territorios y en enfeudar a su vez a setenta comerciantes de Curlandia y de Semigalia y a cincuenta y seis más de Curlandia. Nicolás y la orden sancionaron estas resoluciones, y habiendo Balduino protestado contra ellas, vióse obligado en virtud de una sentencia, según él parcial, a entregar los rehenes que de Curlandia había recibido. Cierto que a Balduino le fueron cedidos Jerwen y Wirlandia, pero la orden, con la enfeudación de doscientos comerciantes góticos de Jerwen, se había asegurado un partido con el cual podía en absoluto contar y confiaba que en días mejores podría recuperar lo perdido. Finalmente, el haber Balduino abrazado el partido de los neófitos en contra de los señores del país aumentó de tal suerte el antagonismo, que el vice-legado comprendió que necesitaba más amplios poderes.

Balduino entonces se dirigió a Roma y de tal modo logró atraerse al Papa, que éste aprobó la conducta hasta entonces por él seguida y con sus propias manos le consagró obispo de Semigalia y le nombró legado pontificio en Gotia, Finlandia, Estonia, Curlandia y Semigalia. Como se ve, Balduino se había colocado de un solo golpe por encima de sus adversarios livonios. Las bulas pontificias que llevó consigo a Livonia como arma poderosa nos permiten conocer los planes del papa Gregorio. Balduino iba autorizado para emplear contra cualquiera resistencia que se le opusiera, las armas espirituales de la excomunion, de la suspensión y del entredicho; pero sus exigencias eran tales que no había posibilidad de que los livonios se sometieran espontáneamente. Por de pronto éstos tenían que entregarle la Semigalia y además rehenes, pues consideraba la elección del obispo Lambert de Semigalia como nula y como nulos también todos sus actos, las disposiciones del papa Inocencio III y de Guillermo de Módena relativas a su diócesis y hasta los decretos promulgados por el mismo Gregorio IX confirmando estos documentos legales. En virtud de otra bula se cedia al nuevo legado toda la Curlandia y se le encargaba que en nombre

del Papa tomara posesion de todos los territorios de Livonia y de Estonia que no constituyesen diócesis bien demarcadas. A los livonios se les ordenaba además que hicieran entrega de Wirlandia, Jerwen y Wiek; de Wirlandia y de Reval debía cuidar personalmente Balduino. Finalmente se mandaba que le fueran entregados los rehenes presentados por Oesel. La lectura de estas bulas produce verdadera sorpresa. ¡Cuán fácilmente pasaba el papa Gregorio por encima de las cartas de concesion del emperador Federico II y de Enrique VII, de los privilegios otorgados por sus antecesores y de las disposiciones de Guillermo de Módena! Pero como si todo esto aun no fuera bastante, prohibióse á todos los que habitaban el distrito de legacion de Balduino firmar, sin consentimiento de éste, paz y tratados con los rusos y con los paganos.

¿Qué quedaba, pues, de la independenciam de Livonia? El Norte y el Sur iban á parar á manos del Papa; el centro quedaba puesto bajo la tutela pontificia, y sobre todo ello el monje de Alna imperaba como un rey; y para caracterizar



Sello de la catedral de Riga
(tamaño del original).

En el campo, la Virgen María con el Niño sentada en un trono entre dos estrellas. — Inscricion: SIGILLVM. ECCLESIE. S(an)C(t)I. E. MARIE IN RIGA †. — De un documento de 24 de julio de 1224, que se halla en la coleccion de Toll.

mas la situacion, atrajo Balduino sobre el obispo de Riga, recientemente elegido, una reprension pontificia.

El pontificado intentaba, pues, — y sobre ello no cabe la menor duda — crear en el territorio livonio un Estado vasallo.

Pero Balduino, á pesar de ser probablemente el autor del plan, no era el hombre llamado á realizarlo. La cuerda estaba demasiado tirante, pues si los livonios obedecian, su independenciam habia concluido, y ellos estaban decididos á resistir hasta el último momento.

Si actualmente pretendemos estudiar el aspecto jurídico de estas contiendas, no podremos negar que el Papa estaba autorizado para ocupar en Livonia una posicion de soberanía, pero con la condicion de respetar los hechos consumados. La Livonia tenia además otro soberano, que era el emperador, de quien la órden consiguió una cédula de patronato por sus posesiones, y otra carta análoga que le otorgó el duque de Sajonia le aseguraba formalmente el *statu quo*. Los caballeros invadieron la Curlandia, despues de la partida del vicerlegado, y arrebataron á los indígenas las cartas de libertad que Balduino les habia concedido.

Cuando á principios de 1232 regresó Balduino como legado y provisto de los amplios poderes de que hemos hablado, pareció prevalecer al principio la repulsion hácia la autoridad de la sede pontificia. Jerwen y Curlandia fueron entregadas al legado, pero al plantearse la cuestion del derecho de propiedad sobre el castillo de Reval, estalló con nueva furia el antagonismo hostil que entre las diversas tendencias existia.

Reval habia sido, como hemos visto, arrebatada en 1227 por la órden á los daneses, y en la cuarta parte de la catedral, que habia correspondido al maestré Volquin, se habia construido un fuerte, cediéndose las otras tres cuartas partes de la catedral á los vasallos de Harrien, Wirlandia y Reval. A peticion del legado los vasallos le entregaron las tres cuartas partes que le pertenecian y que él les devolvió luego para su custodia, pero los hermanos de la órden se negaron enérgicamente á cederle la suya, conviniéndose por fin en someter la cuestion á un tribunal de árbitros. En éste el obispo de Leal resolvió el asunto, y aunque la sentencia fué favorable á Balduino, estaba redactada en tales términos que Volquin se dió por satisfecho. La condescendencia del maestré, de quien despues dijo Balduino que era mas adicto á la Iglesia romana que los hermanos de la órden, produjo entre éstos tanta indignacion, que se apoderaron de él y le encerraron en una cárcel. Durante los tres meses de su prision cometieronse muchas violencias: los hermanos se hicieron dueños de la catedral, los vasallos que intentaron oponerles resistencia fueron asesinados y los alrededores de Reval sufrieron las mas terribles devastaciones. Unos cien vasallos perecieron á consecuencia de tales desmanes y los hermanos formaron con sus cadáveres una pirámide, cuya cúspide era el cuerpo del jefe de aquellos vasallos, colocado de pié. Otros doscientos fueron hechos prisioneros y no se les puso en libertad hasta que hubieron pagado un crecido rescate: doscientos corceles de combate, doscientos cincuenta caballos de trabajo, cuatrocientas armaduras, artículos de comercio y los bienes de los ciudadanos de Reval fueron el botin que cayó en manos de los vencedores.

Calculóse que los perjuicios causados por esta lucha ascendieron á la suma enorme de 15,000 marcos (1).

El enlace cronológico de los siguientes sucesos no puede determinarse con toda seguridad.

La órden tomó tambien y redujo á cenizas el castillo de Hagelithe, que habia sido edificado por el sub-legado Juan y reconstruido por Balduino y que estaba destinado á ser un punto de apoyo para la dominacion pontificia en Estonia. Los vasallos pontificios de Harrien, Wirlandia y Reval se vieron obligados á prestar á la órden el juramento de vasallaje, siendo expulsados del país los que se negaron á prestarlo. En Jerwen, la órden enfeudó á cuarenta comerciantes dando á cada uno de ellos veinte lotes de tierra, á fin de asegurarse una dominacion duradera. El fuerte de Goldenbeck fué destruido y el convento de Dunamunde se vió en un verdadero aprieto. Balduino atribuyó tambien á maquinaciones de los hermanos de la órden la sublevacion de los estonios de Wirlandia, en la que fueron sacrificados unos cien vasallos pontificios, y la invasion de los rusos y paganos aliados con ellos (carelios ó fineses) en los territorios de la diócesis de Leal, sosteniendo además que los hermanos habian sido los que habian atraído á los rusos hasta los muros de Dorpat, que les habian auxiliado en el sitio de la fortaleza y que tenian la culpa de que el convento de Falkenau hubiese sido destruido durante esta lucha por los cismáticos y los paganos.

El interesante documento de donde tomamos la descripcion de estos acontecimientos (2) no nos proporciona mas detalles acerca de estos desórdenes. Parece que Balduino reunió un concilio provincial en el cual excomulgó á todos los jefes de los hermanos de la Espada, suspendió y degradó

(1) Para el siglo XIII eran en efecto una enorme suma 15,000 marcos, aunque fueran solo de plata, y mas si eran de oro y equivalian á 12 pesetas 50 céntimos de nuestra moneda. (N. del T.)

(2) H. Hildebrand: *Livonia, especialmente en el siglo XIII*, en el Archivo vaticano, núm. 21, pág. 39.

á todos los sacerdotes de la órden y apoyado en sus plenos poderes y sostenido por sus partidarios, se dispuso á acabar con ella. Pero por desgracia el poder material estaba en manos de sus adversarios, que iban derechos á su objeto sin consideracion alguna. Al caballero Juan de Buxhowden, hermano del obispo Alberto, cuyos hijos se habian afiliado al partido del legado, se le causaron perjuicios por valor de 200 marcos; un tal Leuderus, vasallo de la iglesia de Riga que habia sido el primero en participar la llegada del legado y probablemente uno de los instigadores de la resistencia á la órden, fué privado de la vista; y la tentativa de Balduino de enviar algunos indígenas á Roma para reclamar contra la órden, fracasó por completo, pues desde Holanda fueron los emisarios expedidos nuevamente para Livonia. Las cosas habian, pues, llegado á un estado de desórden y de injusticia que no podia continuar por mas tiempo sin grave perjuicio para los mas caros intereses de la Iglesia; y tan mal aspecto llegaron á tomar, que el papa Gregorio no tuvo mas remedio que destituir á Balduino de su cargo de legado y encargar el arreglo de tan embrolladas cuestiones á Guillermo de Módena, que tan conocedor era de cuanto atañia á Livonia. Pero antes de que este amigo del país pudiera hacerse cargo de la situacion é intervenir en ella, Balduino consiguió que el Papa citara ante la sede pontificia al obispo Nicolás de Riga, á nueve jefes y seis sacerdotes de la órden y á todos los caballeros y á la ciudad de Riga, para que estos últimos comparecieran por medio de procuradores y personalmente los demás, el día 8 de setiembre de 1235, á justificarse de las acusaciones contra todos lanzadas por el legado destituido.

El obispo de Sabina fué el juez nombrado para entender en este asunto, habiéndose promulgado provisionalmente una serie de disposiciones poco favorables para Livonia, á la que Gregorio nunca quiso bien, por mas que no estuviesen dictadas en el sentido de los planes primitivos cuya resolucion se habia confiado á Balduino.

Por aquel mismo tiempo comenzó á dar nuevas señales de vida Waldemaro de Dinamarca, á quien los años y la desgracia todavia no habian quebrantado. En la esperanza de que el Papa le devolveria la Estonia, apeló de nuevo al tantas veces empleado recurso de bloquear el puerto de Lubek; pero Guillermo de Módena dió en aquella ocasion pruebas de tal energía, que el monarca danés se vió obligado á ceder y á retirar sus fuerzas guerreras. A pesar de todo, consiguió Waldemaro que se abriese en la curia un proceso sobre sus pretensiones relativas á la Estonia, proceso que terminó con la órden transmitida á Guillermo de Módena para que tomara posesion de Reval y de sus dependencias en nombre del Papa y las entregara luego al rey Waldemaro, á quien pertenecian. Al mismo tiempo se traspasó al obispo de Lund la soberanía espiritual de Reval y de Wirlandia. Probablemente la órden habria contestado á tales disposiciones con una resistencia enérgica si una terrible catástrofe no hubiese puesto de repente término á su existencia.

La historia y la organizacion de la órden de los hermanos de la Espada no han sido todavia explicadas con suficiente claridad. Las escasas noticias que encontramos en las fuentes á donde acudimos y las observaciones accidentales de Enrique de Letonia — de las que, por lo demás, no se ha sacado todo el partido que se podia, — solo permiten construir un esqueleto imperfecto, siendo imposible formar con ellas una imagen viva. Lo que sí puede afirmarse es que con el engrandecimiento territorial el poderío y las pretensiones de la órden tomaron tal incremento, que era inevitable un antagonismo cada vez mas marcado entre ésta y el pensamiento de un Estado livonio tal como lo habia concebido el obispo

Alberto. Al mismo tiempo que en Riga, habia obispos en Dorpat (que en un principio se llamó obispo de Leal) y en Oesel, á cuya diócesis pertenecia Wiek; y en cambio, Reval y Wirlandia carecian, desde 1227, de supremo pastor espiritual. Habia además el obispado de Semigalia y una diócesis de Curlandia, dirigida primero por el legado Balduino y desde 1236 por un obispo. De los cálculos aproximados que se han hecho respecto de la extension que abarcaban estas posesiones eclesiásticas resulta que el territorio del obispo de Riga comprendia 260 leguas cuadradas, el de Dorpat 170, el de Oesel 140, el de Semigalia 120 y el de Curlandia 180; de suerte que el total de las posesiones episcopales ascendia á 870 leguas cuadradas. En frente de ellas alzabanse las de la órden con una superficie de 730, de suerte que ésta era superior á cada obispo tomado aisladamente y casi



Sello de majestad del arzobispo Alberto Suerbeer
(tamaño del original).

En el campo, el arzobispo de pié derramando con la mano derecha un jarro de agua y llevando en la izquierda el Evangelio. A cada lado del arzobispo un neófito metido en una capilla, sosteniendo el uno el báculo y el otro la cruz. Debajo de la capilla de la derecha PCIA (provincia) y debajo de la de la izquierda LIVOI (Livonia). En la parte inferior, separada del campo del sello por un arco dividido en tres partes, cuatro personas que han de recibir el bautismo puestas junto á un río y sobre las cuales la diestra de Dios aparece en el cielo. Debajo: (ES)TOI (Estoni). Inscricion: (ALB(er)T(us) D(e)I: GRA(cia): ARCHIEP(iscopu)S PR(im)VS (BATIZO GE(n)TES) QVARV(m). D(eu)S: ABLVE ME(NTES). — En un documento de 12 de diciembre de 1254, en la Biblioteca pública de San Petersburgo, coleccion de Toll.

igual en poderío á todos los preladados juntos. A esto habia que agregar el convencimiento de que á la órden se debian en primer término los triunfos conseguidos en las luchas así con los indígenas como con los enemigos extranjeros: ni las milicias de los peregrinos, ni las tropas de los feudatarios episcopales y de la ciudad de Riga estaban por sí solas á la altura de esta tarea, pues no representaban de igual manera la idea de los intereses unitarios del país. La órden, en cambio, cuyos castillos se extendian como espesa red de Sur á Norte dominando todos los puntos estratégicos importantes, pudo creer con motivo que ella era la que mantenía la cohesion en este conjunto. Especialmente desde la muerte de Alberto, en cuya persona se encarnaba la idea de la supremacia episcopal, se hicieron mas ostensibles los esfuerzos de la órden por conseguir una autonomiam que la hiciera soberana del país. Ya hemos visto cómo se habia embrutecido la órden á consecuencia de la guerra de treinta años con los indígenas y de los dias infaustos de la legacion de Balduino: la parte temporal de su mision habia tomado notable desarrollo en perjuicio de la parte espiritual. Donde quiera que

nos encontramos con los hermanos de la orden, vemos en ellos guerreros decididos, diplomáticos hábiles que sabían aprovechar todas las ocasiones propicias, pero al propio tiempo vasallos díscolos y desobedientes de los obispos, cuya jurisdicción suprema, según parece, fué haciéndose poco a poco ilusoria. Las descripciones que se hacen de los hermanos de la orden nos los presentan como señores despóticos que agobiaban á los indígenas con corveas y con impuestos, sin cuidarse tanto como convenía de la salvación de las almas de sus vasallos. Que bajo la bandera de los hermanos de la orden se vivía peor que bajo el báculo episcopal, lo demuestran sobradamente aquellas comarcas que después de sofocada la última rebelión cayeron en poder de la orden. Los obispos habían intentado varias veces una intervención y Volquin, para librarse de su pesada tutela, se afanó por llegar á un acuerdo con Hermann de Salza, maestre de la orden teutónica, para hacer la fusión de las dos órdenes, pues como esta última no tenía más señor espiritual que el Papa, esperaba Volquin que después de la unión completa podría disfrutar de una posición análoga y ponerse frente á frente de los obispos livonios y estonios. Los esfuerzos de Balduino de Alna y del papa Gregorio IX, el nuevo robustecimiento de Dinamarca y sobre todo la unión política de Lituania, eran para la orden otros tantos peligros que parecían exigir premiosamente la unión vigorosa de todas las fuerzas del país. Tales pudieron ser los motivos que indujeron á Volquin — probablemente en 1231, — á hacer las referidas proposiciones á Salza, el cual las rechazó: su orden acababa de sentar sus reales en Prusia y no se creía aun bastante segura en su nueva posesión; por eso el maestre Hermann procuró dar largas al asunto haciendo concebir á los embajadores de los hermanos de la Espada esperanzas para más adelante.

En 1235, y durante su permanencia en Alemania, Hermann de Salza se ocupó seriamente en el exámen de la cuestión y envió á Livonia á dos hermanos de la orden teutónica, los comendadores de Altenburgo y de Nagelstadt, para que personalmente se enteraran de la situación de Livonia. Los emisarios quedaron muy mal impresionados del estado de cosas livonio, y probablemente esto hubiera dado como resultado rechazar definitivamente la petición de Volquin, si la inesperada y casi completa ruina de la orden de los hermanos de la Espada, causada por los lituanos, no hubiese impuesto el deber ineludible de interesarse por aquel país, que se veía privado de su mejor apoyo.

En el año 1236 llegaron á Livonia numerosos peregrinos que excitaban al maestre á emprender, casi contra su voluntad, una campaña de otoño contra los lituanos. Alcanzados en su retirada por las fuerzas superiores del enemigo, los peregrinos en el momento decisivo se negaron á obedecer las órdenes de Volquin y á emprender el ataque, y á la tarde siguiente ocurrió la catástrofe. Los belicosos peregrinos, al verse atacados por los lituanos, se acobardaron y se dejaron asesinar casi sin resistencia, sin que el arrojo del maestre y de su gente pudiera evitar la derrota. En aquella jornada de 22 de setiembre de 1236 perecieron Volquin y cincuenta de los suyos. Saule, lugar cuyo nombre se conserva todavía en las cercanías de Bauske, en el Aa curlandés, fué, según la crónica rimada, el sitio donde pereció sin gloria alguna el núcleo de los caballeros de la Espada.

Los hermanos de la orden, privados de consejo y de auxilio en el propio país, enviaron á uno de los suyos, Gerlach Rothe, á que se avistara directamente con el Papa y le suplicara que decretara su incorporación á la orden teutónica, súplica que se vió apoyada por los aterrizados obispos de Riga, Dorpat y Oesel. Un contemporáneo, en quien se ha querido ver al que después fué maestre de la orden teutóni-

ca, Hartmann de Heldringen, nos relata en los siguientes términos tan interesante episodio: «Entonces — dice — los hermanos se dirigieron al Papa para conseguir su admisión en la orden teutónica. El Papa dió largas al asunto, pues en su corte estaban los embajadores del rey de Dinamarca que oponían todos los obstáculos que podían: esto era con motivo del fuerte de Reval que retenían en su poder los hermanos de Livonia y que el rey sostenía que era suyo. Por esta razón no quería el Papa que el maestre (se refiere indudablemente á Hermann de Salza) y los hermanos hicieran entrega de aquel fuerte al monarca. Habiendo el maestre consultado con el Papa, fué un día á palacio y encontró al pontífice solo, es decir, que no estaba con él mas que el cardenal de Antioquía, el arzobispo de Bar, uno de nuestros hermanos llamado Conrado de Estrasburgo, que era mariscal del Papa, y un hermano de la orden de los Sanjuanistas que era camarero pontificio. El intendente de palacio nos condujo á la presencia del Papa y nos dijo: Hermano Hermann, ¿están las capas dispuestas? A lo cual respondí afirmativamente. Entonces mandó á llamar precipitadamente á los hermanos y les dijo: El Papa quiere acceder á vuestras súplicas; y llegaron los hermanos de Livonia y se arrodillaron delante de él, y el Papa les recordó todos los pecados que habían cometido antes y después de su ingreso en la orden de la Espada y les encargó encarecidamente que se mantuvieran perfectamente dentro de la nueva regla, y les dió la capa blanca con la cruz negra... Cuando regresamos á nuestra casa dijo el maestre: Decidme, hermanos, ¿cuántas fortalezas y cuántos territorios poseéis? Yo también quise decirlo, pero los demás explicaron nuestras riquezas. El maestre dijo que el Papa no había querido ceder y que había que devolver al rey su casa (Reval), al oír lo cual dijome el hermano Gerlach: Hermano Hermann, á no haber esto sucedido, no sucedería nunca más.

» Poco tiempo después enviéme el maestre á avistarme con el hermano Luis de Ottingen (su representante en Prusia) para tomar sesenta caballeros y conducirlos á Livonia en sustitución de los que habían perecido, y dispuso que se les proveyera de vestidos y de comestibles. El mismo maestre les proveyó de caballos y armaduras y el emperador les socorrió con 500 marcos.» En esta relación, cuyo primitivo estilo resulta algo embrollado sin que por esto deje de entenderse perfectamente lo esencial, no se hace mención de un punto que hubo de ser para los livonios tan doloroso como la misma cesión de la Estonia septentrional á Dinamarca. En virtud de disposición expresa del Papa, la orden teutónica de Livonia debía estar en las mismas relaciones que antes con los obispos. «Vosotros y los demás individuos de la orden teutónica de Livonia debéis continuar bajo la jurisdicción de los obispos y demás prelados» había dicho el Papa en el documento resolutorio, y así hubieron de quedar las cosas por de pronto; de modo que para nada se tuvo en cuenta la causa que había motivado la unión de las dos órdenes de caballería. De este mal adoleció el desenvolvimiento de los asuntos livonios durante los tres siglos siguientes.

La orden teutónica se hizo cargo de la herencia de los hermanos de la Espada: que Hermann Salza consideró de gran importancia la posición recientemente alcanzada lo demuestra el hecho de que nada menos que el propio maestre provincial de Prusia fué quien recibió la misión de marchar á Livonia para encargarse de la dirección de la nueva provincia de la orden. Hermann Balk, que en los asuntos prusianos había probado ser hombre prudente á la par que enérgico, partió sin vacilar para tomar posesión, en nombre de la orden teutónica, de toda la Livonia con sus castillos, fortalezas y feudos. El recibimiento que se le hizo en Livonia no fué,

sin embargo, nada afectuoso: el precio de la salvación parecía excesivo y no faltó quien pensara en no someterse voluntariamente. El mismo Guillermo de Módena abrazó el partido de los livonios, entre los cuales y el nuevo maestre hubo grandes rozamientos. En marzo de 1238, el Papa tuvo que dar una orden más enérgica todavía que las anteriores para la entrega del castillo de Reval, y á pesar de esto, los livonios solo cedieron cuando vieron al rey Waldemaro en actitud de enviar contra ellos una escuadra. El maestre y el legado, que hacía poco había resuelto una contienda entre aquel y el obispo Nicolás, se dirigieron á la residencia real de Steenby (en la Zelanda meridional), donde en 7 de junio de 1238 se firmó la paz que unió definitivamente á Dinamarca las provincias de Reval, Harrien y Wirlandia. Dinamarca recibió, pues, un territorio colonizado por los alemanes, y en los ciento y pico de años que en él dominó no le fué dado llevar al país ningún elemento heterogéneo. El legado Guillermo, acompañado probablemente del maestre, para dar cumplimiento á las condiciones de la paz se dirigió á Reval, donde además del fuerte se había fundado á los pies de la catedral una ciudad poblada por alemanes. Se sacaron las armas, los víveres y los utensilios pertenecientes á la orden y el castillo fué entregado al rey de Dinamarca, quien desde entonces confió la administración del país á un prefecto ó capitán. Sin embargo, las pretensiones de los daneses no habían sido reconocidas en toda su extensión. En efecto, Jerwen fué devuelta á la orden con la única condición de que no podría construir allí castillo alguno sin permiso del rey de Dinamarca. Sobre el territorio de esta provincia ejercían los hermanos de la orden la soberanía espiritual, mientras que el obispado de Reval quedó naturalmente bajo la dependencia del arzobispado de Lund. A pesar de todo, las relaciones entre alemanes y daneses, después de la dolorosa cesión, fueron en lo general lo más amistosas que podían ser, de suerte que unos y otros se pusieron enfrente del enemigo común que amenazaba desde el Este. La orden teutónica estaba obligada á defender su conquista livonia primero contra los nowgorodes y pleskawios, que se habían envalentonado desde la batalla de Saule, y segundo contra las comarcas del Sur del Duna y del Aa semigalo, que estaban en abierta rebelión.

CAPÍTULO IV

COMIENZOS DE LA ÓRDEN TEUTÓNICA EN LIVONIA

Por la historia de Rusia sabemos que los nowgorodes habían conseguido derrotar por completo en las orillas del Neva á los suecos, que avanzaban desde Finlandia. Dos meses después la orden, aliada con los vasallos daneses, con las tropas del obispo de Dorpat y de un príncipe ruso, logró primero apoderarse del castillo de Yborsk y después de derrotado el ejército de los de Pleskau, que había salido á su encuentro, penetrar en la misma Pleskau, según parece, por haberles facilitado el camino un partido de descontentos que en la ciudad había. La orden, sin embargo, no consiguió someter por completo á Pleskau, pues lo que hizo fué dejar en ella una guarnición para que defendiera á sus partidarios y para tomar rehenes que sirvieran de garantía á la seguridad de aquellos. En cuanto al grueso de su ejército, lo destinó á extender la soberanía alemana por el suelo nowgorode. Quería la orden sojuzgar á las vecinas tribus finesas, y en efecto consiguió sentar sus reales allende el Narowa, detrás del Woten, y construir una fortaleza destinada á ser el punto de partida para ulteriores empresas, habiéndose llegado á pensar seriamente en fundar un obispado en aquellos apartados territorios. En tal apuro, Nowgorod, que se veía también ame-

nazada desde Pleskau, llamó á su auxilio á Alejandro Newski y entonces la suerte cambió por completo: la débil colonia establecida en el territorio finés sucumbió al primer ataque; al año siguiente fué libertada Pleskau y poco después, en 5 de abril de 1242, el ejército de la orden sufrió en la helada superficie del Peipus tan terrible derrota, que los caballeros teutónicos hubieron de renunciar á todas sus conquistas y de enviar á toda prisa emisarios á Dinamarca en demanda de auxilios porque se veían amenazados hasta en Riga. Fué una verdadera suerte para Livonia que Alejandro Newski en vez de aprovechar con la debida energía la victoria conseguida, se contentara con que la orden renunciara á los territorios por él conquistados y á una parte de Letonia y dirigiera de nuevo su atención hacia el Este.

Después de tan brillantes comienzos y de las pérdidas que luego vinieron, la orden tenía en el Norte tanto más motivo para contentarse con la paz honrosa que se había firmado, cuanto que precisamente los sucesos de Curlandia exigían imperiosamente la concentración de todas sus fuerzas. Los curios, después de haber desertado en la batalla de Saule y de haber asesinado á su obispo, habían sido nuevamente reducidos y su país encadenado con la construcción del gran fuerte Jesús (después Goldingen) y del castillo de Amboten; pero á pesar de todo, la Curlandia no ofrecía gran confianza, amén de lo cual comenzó á moverse en el Sur un nuevo y peligroso enemigo en la persona de Mindowe de Lituania. Grandes trabajos costó conservar allí una posición tan amenazada, sujetar desde el fuerte Jesús los territorios recientemente conquistados, impedir que Mindowe siguiera avanzando y asegurar la posesión duradera del país últimamente adquirido.

También se suscitó cuestión acerca de las relaciones entre la orden teutónica y los obispos, pues si bien las pretensiones de la orden relativas á la independencia eclesiástica en las comarcas del Norte del Duna no se vieron satisfechas, y si bien en Livonia, Estonia y Oesel tuvo que reconocer la soberanía feudal de los obispos, no sucedió lo propio en Curlandia, país nuevo y entonces sin obispo todavía y por tanto á propósito para llevar en él á la práctica los principios que regían en los territorios que tenía la orden en Prusia.

Por eso la orden declaró que la Curlandia era una parte de Prusia y quería por lo mismo ser tratada como ella, lo cual equivalía á pretender que dos tercios del país fuesen de propiedad exclusiva de la orden y solo un tercio de la del obispo. Decidió la cuestión el papa Inocencio IV, aceptando esta teoría y disponiendo que Guillermo de Módena, como legado pontificio, procediera á la división en este sentido, como así lo hizo en 7 de febrero de 1245. En junio del propio año el emperador Federico II confirmó al gran maestre en su nueva posesión. El obispo de Riga, á pesar de ver que las dos supremas autoridades de la cristiandad admitían la teoría de la orden de que Curlandia era una parte de Prusia, no quiso renunciar á sus pretensiones, viéndose apoyado en su actitud por Alberto Suerbeer, á quien ya conocemos, que á fines de 1245 había sido nombrado por Inocencio IV arzobispo de Prusia, Livonia, Estonia, Curlandia y Semigalia, y poco después legado pontificio en estas comarcas. Este antagonismo, más trascendental en principio que en la práctica, hizo surgir entre la orden y el arzobispo grandes hostilidades, más interesantes para la historia prusiana que para la de Livonia. El arzobispo, en sus esfuerzos por extender su poderío, puso en tela de juicio los derechos y privilegios que hacía mucho tiempo habían sido concedidos á la orden, olvidó por completo la predicación de la cruzada, causó á la orden cuantos perjuicios pudo y probablemente llegó á firmar una alianza con los paganos para ir contra ella. La orden no hizo caso